

## EDIPO, HIJO DE LA FORTUNA

¿Quién es Edipo? ¿La víctima de los oráculos, el paradigma de que no se puede rehuir el destino? ¿El hombre que se abre paso matando al padre y amando a la madre? ¿El prototipo del creído en su inteligencia, del que pretende imponerse con la violencia y falla? ¿Un ejemplo más de la caída de los grandes? ¿El médico enfermo, contaminado del mal que combate? ¿El paradigma del riesgo de que el estado se convierta en una máquina opresiva? Es todo eso y mucho más. Sin abandonar estos aspectos, que volverán a salir a lo largo de la exposición, aquí voy a tocar otros. Y comenzaré por el que da título a este ensayo: Edipo, hijo de la Fortuna. Lo dice él mismo, versos 1080 ss.:

Corifeo:

Tengo miedo de que de este silencio nazcan males.

Edipo:

Que nazcan los que quieran: yo quiero conocer mi estirpe, aunque sea miserable. Ésta sin duda, orgullosa cual mujer, tiene vergüenza de mi bajo nacimiento. Yo, en cambio, me considero hijo de la Fortuna benévola y no recibiré ningún desdoro. Ella es mi madre: y los meses, mis hermanos, me han hecho ya pequeño, ya grande.

Sí, es hijo de Layo y de Yocasta, pero desde que le abandonaron en el monte no tiene padres ya, propiamente. El coro juega con el tema: ¿es hijo de Pan, de Apolo, de Hermes, de Baco, de una de las ninfas del Helicón?, pregunta (1098 ss.). El niño abandonado puede serlo todo, puede no ser nada. Es un enigma. Un hombre desnudo, solo, que ha venido al mundo no se sabe cómo. Es la esencia más íntima de la condición del hombre, desprovisto, incluso, de la cáscara social que le protege, de los padres. Sólo le protege, a su vez, la pura humanidad de un hombre cualquiera, un desconocido, el pastor que por piedad le recoge. Ya tenemos al

hombre desnudo introducido en el mundo humano. ¿Qué resultará? Porque la radical soledad del hombre está subrayada en el caso de Edipo por la total irregularidad de su situación familiar: un nacimiento indebido, padres que no deberían serlo, hijos que no deberían serlo tampoco, reyerta y riesgo continuo de todos.

Todo es obra de azar en la vida de Edipo, al menos en un primer análisis. ¿Por qué sobre este niño y no sobre otro había de abatirse el oráculo? El hecho es que, abandonado en el monte, sólo por azar es encontrado, sólo por humanidad es salvado: una salvación para la perdición, se nos dice (1350 ss.). Pero era, por azar, un pastor de Pólipo, el rey de Corinto, el que le encontró: y a éste es entregado: por azar no tenía hijos, cría a Edipo como a un hijo suyo. Edipo había perdido unos padres reyes, encuentra otros padres reyes: todo por azar, es sólo un niño indefenso.

Cierto que todos estos son temas tradicionales, el del niño de nacimiento extraño o milagroso, abandonado, salvado, llamado a un alto destino. Pensemos en Moisés o en Ciro. Pero Sófocles ha utilizado este viejo tema con una intención nueva.

Pero sigamos. Continúa el azar. En un banquete, Edipo oye a un borracho que él no es verdaderamente hijo de Pólipo y Mérope. Ahora ya toma iniciativas: huye a Delfos, busca el oráculo, pregunta y la respuesta sobre su destino -matar al padre, unirse a la madre- le horroriza. Huye otra vez. Y otra vez se encuentra con el azar: el encuentro con Layo, su muerte. Edipo es violento, se descubre ahora: pero no buscó voluntariamente esa muerte. También Layo era violento, apartó con el aguijón al caminante y éste, Edipo, reaccionó con violencia aún mayor. Fue, diríamos, una disputa resultante de un accidente de tráfico, como he dicho otras veces.

Y otra vez el azar: la esfinge que quiere devorarle haciéndole su pregunta, presentándole, como a los demás, su enigma. Pero Edipo responde bien y se salva: es inteligente, se descubre ahora, aunque demasiado orgulloso de esa inteligencia, que utiliza para humillar a Tiresias. La esfinge, rabiosa, se suicida.

El azar ha sido sorprendente: sin pretenderlo, sólo para defenderse de un viejo imperioso, Edipo ha dejado vacante el trono de Tebas. Sin pretenderlo, sólo para librarse del monstruo, ha liberado de él a Tebas. Dos muertes por azar le han abierto el camino del trono de Tebas. Sin hacer nada por ello, resulta que es el rey, el que había perdido el reino dos veces. Pero era tradición que el

conquistar un reino significaba casarse con la reina viuda: los pretendientes de Penélope lo sabían bien. Y el azar sigue operando: resulta que esa reina, Yocasta, es su madre. Sin buscarlo, se encuentra en el lecho de su madre, tras haber matado a su padre, también sin pretenderlo.

Nada tiene esto que ver con las interpretaciones de los psicoanalistas: Edipo no odia al padre ni ama a la madre, todo es cosa de azar.

Dos crímenes ha cometido Edipo, los dos por azar, insisto, con ignorancia. Viene la peste. Va a caer del trono, antes o después, por una vez tercera. Su afán de saber y su violencia van a arrastrarle en su caída, en el *Edipo Rey*: en los episodios con Creonte, con Yocasta, con Tiresias, con el Mensajero de Corinto, con el Pastor. El azar volverá a operar: resulta que el testigo de la muerte de Layo, al que manda Edipo a buscar, es el mismo pastor que le había recogido en el monte, resulta que el Mensajero de Corinto es a su vez el pastor al que el pastor de Layo se lo había entregado y que lo había llevado a la corte de Pólipo. Testigos de antiguos azares se encuentran por azar para testimoniar contra Edipo descubriendo sus orígenes.

Era un niño inocente, abandonado, que se vió metido en situaciones imprevistas y, al final, en crímenes puramente objetivos, pero crímenes, hechos. En Atenas, la teja que mataba por accidente a alguien era juzgada y expulsada, como Edipo será expulsado. En el círculo de Pericles y Protágoras se discutía todavía si la jabalina que mató, por accidente, a un atleta en el entrenamiento, era culpable o no: léase la segunda tetralogía de Antífonte.

Son hechos objetivos, no se trata de conciencia. Hoy, influidos por la interiorización de la moral por obra de Sócrates, hemos creado el concepto de accidente. Este concepto se creó trabajosamente. La leyenda de Edipo no lo conocía, no es aludido en el *Edipo Rey*, sólo, y levemente, en el *Edipo en Colono* 266 s.: «mis obras son más sufridas que realizadas por mí», dice Edipo.

Azares de la vida, imperio de la Fortuna dan y quitan padres y reinos, envuelven en situaciones imposibles. ¿Qué hará en ellas Edipo con su inteligencia y su violencia? Fracasará luchando con ellas como armas como antes fracasó cuando huyó de Corinto y de Delfos. Fracasará de todos modos. Habrá de marchar al destierro. Casi tan solo y abandonado, sin padres ni patria, como cuando le dejaron en el monte.

Pero este es solo un primer nivel de análisis. Zarandeado por el azar, Edipo ha subido y bajado, bajado al fin definitivamente, en un mundo cerrado y sombrío. Es ese mundo, las condiciones de ese mundo, lo que al final le ha hecho caer. Su ceguera no es sino un símbolo de esa situación de pura oscuridad en que se encuentra el hombre. Era ciego desde el principio, pese a su inteligencia, él que se lo reprochaba a Tiresias. Al final, lo es también físicamente. El causarse a sí mismo la ceguera es una huida para no ver la otra realidad, la que le rodea: prefiere seguir en la antigua. El exilio que pide y obtiene es un símbolo equivalente: huir una vez más.

Para nada: le sigue el recuerdo y con él van sus hijas y ha de sufrir, con interno desgarramiento, las reyertas de sus hijos. Y que la guerra crezca en torno suyo: los tebanos y Creonte lucharán contra los atenienses y Teseo.

Edipo no debió nacer: le engendró Layo contraviniendo al oráculo. Su nacimiento es ya una violación. La falta de hijos de Pólibo fue razón para que fuera aceptado por él como hijo: pero era una situación falsa que un borracho cualquiera descubrió creando en Edipo angustia profunda. Es víctima una y otra vez de situaciones irregulares en el orden del mundo, la falta de hijos de Layo y Pólibo: algo que, extrañamente, es querido por los dioses, es así y debe ser así.

Sin quererlo, Edipo está metido en situaciones extrañas, sobra en la sociedad normal, por decirlo de algún modo. Está solo: el abandono en el monte, la huida solitaria de Corinto son símbolos de esto.

Los oráculos, la esfinge, el adivino son a su vez símbolos de ese mundo cerrado, lleno de restricciones y misterios. Ya antes de nacer pesa sobre Edipo un oráculo de Delfos, luego Delfos le rechaza y expulsa, más tarde responde a Creonte exigiendo la expulsión del asesino de Layo, que resultará que es Edipo. Delfos expulsa, es claro, a los asesinos, así a Calondas, asesino de Arquíloco.

Desde antes de nacer hasta que es expulsado, Edipo es acosado por Delfos. Y la esfinge, un oráculo al revés que pregunta en vez de responder (una adivinanza es, después de todo, una especie de oráculo) y mata al que responde mal, pretende asesinarlo, igual que a cualquier otro caminante. Y Tiresias, al que Edipo acude buscando una salida, se la cierra.

Los adivinos son, tradicionalmente, violentos e interesados: pero aquí esa violencia es benéfica, quiere ayudar a Edipo, que es mejor que siga en la ignorancia. Inútil todo.

Quiere esto decir que hay algo de lo que no puede huir un hombre solitario, abandonado a sus recursos, metido desde que nace en situaciones imposibles, juguete del azar que le hace subir y bajar. Y eso que no es rehuible es, en el caso de Edipo, la muerte del padre, la boda con la madre. El azar le ha hecho a Edipo cometer las dos cosas y estas dos acciones le han llevado al trono. Pero a un precio muy alto.

Porque la paradoja es ésta: para subir en la vida, en el mundo, hay que romper los viejos tabús enfrentándose a las viejas generaciones. Y esa rotura propicia la caída. Pues nada puede hacerse, por buenas intenciones que se tengan, sin el enfrentamiento. Y el enfrentamiento siempre trae malas, funestas consecuencias. Paradoja.

En un mundo patriarcal, y aun diríamos que en todos los mundos, el subir la escala del poder exige arrojar de ella al que está más alto. Los viejos dioses, en Esquilo, son derrocados por los nuevos, sus hijos; y en todos los lugares las nuevas generaciones buscan suplantar a las antiguas, que se defienden como pueden. A veces esta lucha comporta el parricidio; en todo caso, la violencia. Urano castra a Crono, Crono es depuesto por Zeus y encadenado en el Tártaro. Pero la violencia contra el padre es castigada por la sociedad patriarcal. Es más, el hijo debe vengar al padre muerto, como Orestes y Electra vengan a Agamenón.

Lo más impresionante en la historia de Edipo es que se trata simplemente de hechos: Edipo no ha pretendido ni el trono ni esa muerte ni esa boda. Son hechos: la vida es así, se sube mediante la violencia y el sexo y la violencia y el sexo acaban por derribarle a uno, son como un «boomerang». Porque Edipo no es ambicioso: no es un Agamenón que mató a Ifigenia por retener el mando, no es un Etéocles que violó el compromiso con su hermano por lo mismo. Ni siquiera es un heredero legítimo que defiende sus derechos: es un niño abandonado, un hijo de la Fortuna que se lo debe todo al azar.

En este atolladero está metido Edipo. Y en otro más: el de la madre. Frente al padre, la madre es el aliado natural del hijo: no aspira al poder para sí, en la sociedad patriarcal sólo para el hijo.

Gea ayudó a Crono contra Urano, Rea ayudó a Zeus contra Crono.

Pero aquí hay algo más: se suma el tema del incesto. En la sociedad matriarcal, el incesto no existe. La madre es madre de sus hijos y los padres son varios o quizá ninguno, así en la *Teogonía* de Hesíodo. Inicia al niño en el sexo, inocentemente. Atis es hijo y amante de Cibeles, al mismo tiempo.

Pero en la sociedad patriarcal las cosas son distintas. La viuda transmite el poder, como hemos dicho, a la muerte del marido: se une al nuevo rey. Pero el incesto está prohibido: se castiga el del hijo con la esposa o la concubina del padre, se castiga el del hijo con la madre, el del hermano con la hermana, en Grecia al menos.

Es un mundo turbio, de constricciones inevitables y contradictorias, este en que Edipo, sin quererlo, se ha encontrado metido. Su subida implica la muerte del padre, la boda con la madre: es inevitable. Pero ambos actos exigen castigo.

Esta es la paradoja de Edipo, que en su caso particular es símbolo de algo más común, del destino humano en general. Solo en el mundo, Edipo es juguete del azar. Parece que todo lo hace posible. Pero ese mundo está sometido a leyes fijas y contradictorias. Quita o da la condición real a alguien que no debería haber siquiera existido. Y la da imponiendo condiciones que, a su vez, son condenables. Edipo está atrapado.

¿Qué puede hacer?, nos preguntamos. Él nada ha pretendido, pero se ve metido en situaciones que exigen una decisión. La tentación de no hacer nada, de dejarse vivir, de no mirar a los hechos de frente, es la de Yocasta. Se lo dice así a Edipo: 977 ss.:

¿Por qué ha de estar sujeto a miedo el hombre, que es gobernado por los casos del azar y no tiene presciencia clara de ninguna cosa? Mejor es vivir a la ventura, como cada uno pueda.

Esta es la solución pasiva de la mujer en una sociedad patriarcal, que ha repartido de este modo los papeles. Se hace la ilusión de poder vivir sin ambición su vida privada. Se hace la ilusión de que puede comprometer en este proyecto a su hombre: que viva con ella y con sus hijos, que cierre los ojos al mundo amenazante y tentador de fuera.

Pero esto no es propio de Edipo, ni del papel masculino en estas sociedades. Metido en el problema se debate valientemente

con él. Inútilmente, también. Esto es lo más triste del mensaje de Sófocles.

Mejor dicho, Edipo ha intentado la solución que es la huida. Ha huído de Corinto y de su falsa casa natal. Ha huído de Delfos cuando el oráculo le rechazó. Pero, ¿de qué le valió todo esto? Para encontrarse con Layo, para encontrarse con la Esfinge, para encontrarse con Yocasta y con el trono de Tebas. Inútil huida.

Edipo es inteligente y valiente; ya lo sabemos, pero tiene la partida perdida. Metido en un círculo de contradicciones y de enigmas, de obstáculos, busca saber: cree que el saber le hará libre. Ingenua ilusión: el saber le mostrará los tabús que sin querer ha roto. Le hará ver que, llevado del azar, antes o después quedó apreado en dilemas imposibles, en contradicciones inescapables.

Ya cuando el episodio de Corinto Edipo quiso saber: fue a consultar al oráculo. Pero el oráculo le rechazó y no dijo nada. Nadie explica claramente las coerciones del mundo: hay que descubrirlas viviéndolas hasta el fin. Pero Edipo quiere saber quién es el culpable de la muerte de Layo; a partir de un momento, quién es él mismo. Con tal de saber no le importa que se descubra que es hijo de tres generaciones de esclavos, se sabe a salvo, en definitiva, de toda herida a su orgullo, él, hijo de la Fortuna. Con tal de saber, aceptará la verdad que será su ruina: «Estoy ante lo mas terrible de decir» afirma el siervo (1169), y contesta Edipo: «y yo de oír. Pero hay que oírlo, sin embargo».

Edipo, el hombre juguete de la Fortuna, el hombre que se enreda en las oscuras contradicciones del mundo, es también el hombre que busca. Es, en verdad, en todo ello, un paradigma del hombre: del hombre solo, aislado, del hombre cualquiera que vence la tentación de la huida y que lucha y busca. Aunque sea para comprender su propio fracaso.

En Tebas, Edipo repite su proceder de Corinto: consultar al oráculo. Sólo que ahora es a Creonte a quien envía. Ya cuando el oráculo es insuficiente emprende su larga investigación a través de Creonte, Yocasta, Tiresias, el Mensajero, el Pastor. Yocasta, el coro quieren detenerle: inútil. Las escenas de información no traen más que nuevas dudas y traen la violencia de Edipo que quiere ir hasta el fondo, hacer hablar a los que quieren callar. En el fondo, no hay oráculos ciertos: cada uno tiene que explorar su propio destino, la fingida sabiduría lleva a callejones que uno mismo ha de investigar.

No es una violencia, la de Edipo, para mantenerse en el poder, como la de otros héroes de tragedia: es una violencia para saber, para obligar a los que callan a decir lo que saben, incluso lo más terrible. Edipo no es cruel: al final respeta a todos sus oponentes. Es la suya una violencia nueva, fáustica, la de un Sócrates heroico. También Sócrates presionaba con insistencias y escarnios a sus interlocutores.

Más que un héroe tradicional, un rey que llega al colmo de su ambición y luego cae, Edipo es el hombre común llevado a lo más alto por circunstancias de azar, enredado en situaciones imposibles y que, a partir de un momento, sólo quiere una cosa: comprender los hechos, comprenderse a sí mismo. Ver claro. Es un héroe intelectual a quien el éxito o fracaso dejan ya indiferente, como al filósofo platónico al que le importaba la justicia, fueran cualesquiera las consecuencias.

Como Sócrates, como Platón, cree en sí mismo. Consulta a oráculos y adivinos porque se trata de un mito tradicional, del mundo tradicional de la tragedia. Pero a la Esfinge la derrota, los oráculos le decepcionan, del adivino sospecha. Confía, sobre todo, en su inteligencia, la que le hizo triunfar de la Esfinge y la que pone en acción para resolver el enigma. Y lo consigue, triunfa sobre él como triunfó sobre la Esfinge. Aunque sea para su propia ruina. Pero es honesto intelectualmente hasta el final.

Y en esto también, a los ojos de Sófocles, hay una última contradicción. El mundo es el campo de acción del azar, ciertamente, está sujeto además a oscuras y extrañas antinomias y contradicciones. Es así, simplemente, y esto no se salva ni con el valor ni con la inteligencia, por más que sean cosas admiradas en un hombre como Edipo, a quien todos quieren en vano salvar, a quien el coro llora. Los que no son Edipo, los hombres comunes, que no creen en su éxito, le admiran sin embargo, querrían ahorrarle el sufrimiento. En vano.

Pero es que ellos quieren de algún modo ocultar, silenciar, esa condición trágica de lo humano y Edipo, que al comienzo ha querido ingenuamente sanarlo, ahora ya sólo quiere saber. Pero saber no aleja la desgracia: más bien la precipita. Esa es la última sabiduría. Recordemos la frase del persa en Heródoto IX 16: «el mayor dolor para los hombres es el de saberlo todo y no poder nada».



Edipo se ha convertido, así, en un paradigma de lo humano, que está, simplemente, subrayado por las extrañas circunstancias de su vida. Comenzó como un niño desnudo, abandonado en el bosque, sin padres: subrayado extremo de la condición del hombre. Terminó expulsado de la sociedad: y eso por haberse encontrado con el azar, con los tabús sociales y religiosos y, al final, con su ansia de saber. Sófocles explica bien, en las palabras finales de su *Edipo Rey*, ese carácter general de la lección: no es de Edipo, es del hombre en general de quien ha hablado; no es de Tebas, ni siquiera de Atenas, sino de todos nosotros (1594 ss., final de la tragedia):

Habitantes de Tebas, mirad, éste es Edipo:  
descifrador de enigmas y hombre el más poderoso  
todos a su fortuna miraban con envidia.  
¡Mirad ahora a qué ola llegado ha de infortunio!  
No juzguéis, pues, dichoso a otro mortal alguno  
que no haya aún contemplado aquél último día  
en tanto no termine su vida sin dolor.

Visión pesimista, templada por la presentación de las altas virtudes del hombre: su afán de saber llevado al heroísmo, su valor.

Viendo este cuadro, es difícil no recordar aquel famoso paradigma de lo que es el hombre que nos ofrece el *Pañcatantra* indio y recoge nuestro *Calila e Dimna* II 3: el del hombre colgado de dos ramas de un árbol que está plantado en el fondo de un pozo. Apoyaba sus pies en cuatro serpientes que sacaban sus cabezas de sus cuevas; en el fondo había una culebra con las fauces abiertas para tragarlo si caía; entre tanto dos ratones, uno blanco y otro negro, roían las dos ramas. Pues bien, había también en el árbol una colmena cuya miel chupaba el hombre, olvidando así su precaria situación. Pero los ratones acabaron por roer las ramas y el hombre pereció en la boca de la serpiente. Pero la solución de la hombra parte de las filosofías indias a las aporías de la acción humana consiste en la inacción y en la espera de la transmigración o del nirvana, lejos del alcance del «karma». Los griegos, en cambio, preconizan la acción, con todos sus peligros.

Raramente caen en la tentación deregonar la sabiduría del Sileno, la de que lo mejor sería no haber nacido y, si se ha nacido, morir cuanto antes, como se nos dice en pasajes famosos de Teognis 425 ss. y del *Edipo en Colono* 1224 ss.; lo de que aquél a quien aman los dioses muere joven, que dijo Menandro.

Nada de esto se encuentra en el *Edipo Rey*: hay un paradigma de fortuna, de puntos oscuros de la vida humana, de lucha heroica de Edipo. Ese es el cuadro, con sus luces y sus sombras.

Cuando el cuadro termina, Edipo vuelve a su desnudez. Pero, purificado por el infortunio, la lucha y el sufrimiento, será ahora un ser sagrado, un héroe protector que Atenas y Tebas van a disputarse. El hombre que ha sabido cumplir con su destino de hombre, aunque sea para volver, al final, a la desnudez primera, es más que los demás, de él sacarán inspiración los demás, será una ayuda su recuerdo. El ya no busca más: está a salvo. Por lo que luchó y sufrió, es ya sagrado. Ahora es un santo patrono, un protector, un símbolo de ayuda. Vuela al cielo en forma maravillosa. Los hombres y los dioses que le persiguieron, le buscan y le aman.

Y, después de todo, Edipo, al final, no está tan solo. Están sus hijas que le acompañan: hay una nueva generación, cierto que llena de problemas, recordamos a Etéocles y Polinices. Están Teseo y los atenienses que van a ayudarle y a quienes prestará ayuda: cierto, tendrán que enfrentarse a Tebas y a Creonte. El mundo sigue rodando, el respeto y la violencia seguirán riñendo su batalla; seguirá habiendo Teseos y Creontes, Antígonas e Ismenes. Y Edipo seguirá siendo, para todos, una inspiración

Edipo, hijo de la Fortuna. Hermoso hallazgo de Sófocles, al lado de tantos héroes hijos de dinastías poderosas, aupados por sus acciones de guerra y de violencia. Pero de nada le ha valido: también él ha caído al final. Porque se ha encontrado solo en el torbellino inesquivable del mundo, dominado por oscuras leyes llamadas divinas. Solamente, ha luchado en él con tanto valor, con más valor que aquellos antiguos héroes.

Edipo es el hombre, simplemente, cuya invalidez presenta diríamos que en caricatura: es juguete del azar o la Fortuna y se encuentra, en esa situación, metido en un mundo de condicionamientos prefijados, con los que no puede chocarse sin dolor. Lucha con valor, también esto es humano: pero de nada le vale, si no es para dar un ejemplo de lo que es la vida humana, en lo miserable y en lo valeroso, pese a todo. Y al ser Edipo el hombre, es al tiempo todos los modelos humanos de que hablábamos al comienzo: el hombre orgulloso de su inteligencia y atrapado por la «hybris», el que es víctima de la misma enfermedad de que pretende salvar a los otros, el que, con la mejor intención y deseo, se

convierte en tirano. El prototipo del pueblo de Atenas lo es, al tiempo, de la Humanidad en general.

Para vivir nuestra vida, matamos muchas veces a quienes no debíamos, amamos a quienes no debíamos (o quizá debíamos, pese a todo) y les causamos dolor y muerte. Engendramos hijos -físicos o del tipo que sea- que no debíamos. Un montón de coerciones nos rodea: o bien las toleramos pasivos o bien saltamos por encima de ellas. En los dos casos, sufrimos y hacemos sufrir.

Pero volvamos a Edipo, concluyamos. Ha hecho su papel y su papel ha terminado: mas, como todos los papeles, salvo los de la comedia. Pero ha sido un modelo, en la medida en que, en medio de esos azares y esas fuerzas oscuras, puede haber modelos: un modelo de lo humano. Ha caído el telón y ahora entran otros personajes: la eterna tragedia continúa. Pero, en el recuerdo, Edipo tiene un lugar que nadie puede ya quitarle. Y es porque Edipo, en suma, es todos nosotros.

Pero aun después de muerto, sigue inquietando. Las interpretaciones se multiplican y hasta se le saca de quicio para hacerle símbolo de lo que él nunca fué. Compartiendo tantos rasgos con los héroes griegos, tiene un perfil personal, inquietante, que a nadie se le escapa. Y, sin embargo, es la personificación de la esencia más clara de lo humano.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS.